

O p n ó n **La violencia cotidiana
en Colombia y el papel
de la universidad***

Luis Fernando Duque R.¹

Resumen

Se presentan algunos datos sobre la magnitud e importancia de la violencia en Colombia, con énfasis en la violencia cotidiana de las ciudades. Se hace un recuento de los principales factores asociados con la violencia cotidiana a la luz de un modelo ecológico integrado por factores personales, factores del entorno familiar social cercano, factores comunitarios y factores macrosociales y macroeconómicos. Se presentan bases y un ejemplo de programas para la prevención y control de la violencia y, por último, se sugieren campos de acción para las universidades en la tarea y responsabilidad de disminuir la violencia.

.....
Palabras clave

Violencia, violencia urbana, Colombia, universidad.

57
.....

Este artículo se basa en la intervención del autor en la sesión inaugural del centésimo primer Consejo Nacional de Rectores, de la Asociación Colombiana de Universidades, ASCUN. Santafé de Bogotá, 30 de septiembre de 1999.

Representante de los exrectores ante el Consejo Superior Universitario de la Universidad de Antioquia y Director del programa de Convivencia Ciudadana de Medellín. E-mail: lfdunque@epm.net.co.

Abstract

Some data on violence in Colombia are presented, focused on urban violence. Factors associated to violence are examined using an ecological model composed by personal or individual factors, family and close social environment, and macroeconomic and macrosocial factors. Some programs oriented to violence prevention and control in Colombian cities are mentioned, and the author suggests some ways for university cooperation with such programs for prevention and control of violent society.

Key words

Violence, urban violence, Colombia, university.

Introducción

En Colombia, en este siglo desde los años cincuenta, el país ha visto en la confrontación armada entre grupos insurgentes y las fuerzas del Estado lo que se ha llamado *La Violencia* y a combatirla o a tratar de superarla han dedicado esfuerzos, con mayor o menor empeño -pero sin mucho éxito es necesario decirlo- tanto el gobierno, como los investigadores, los políticos, la Iglesia, etc.

Esta violencia, *La Violencia*, ha venido extendiéndose por la geografía patria, ha sofisticado e incrementado sus fuentes de financiamiento por el secuestro, la extorsión, los asaltos y sus nexos con organizaciones criminales como el narcotráfico. Ha comprometido de muy diversas formas a la población civil, bien como aliada, como estigmatizada, como mano de obra pagada en medio del desempleo del país, o como víctima indefensa. Ante el vacío dejado por el gobierno, ha provocado, por reacción, la aparición de las denominadas autodefensas, y en este caso no se sabe que es peor: si el remedio o la enfermedad. Ha comprometido o subyugado por la fuerza o la intimidación a cientos de alcaldes, viciando la más elemental participación popular en las decisiones políticas y administrativas locales. Creo que ha perdido el contenido ideológico y el objetivo libertario o de justicia social que pudo tener en sus orígenes.

Hoy estos grupos armados han dado un paso más dentro de algunas de nuestras universidades. Ya no es la lucha ideológica, ya no es el compromiso de algunos de sus profesores o alumnos con su causa, es el asesinato de profesores, estudiantes y empleados en sus propios claustros, como ha ocurrido recientemente en nuestra Alma Máter y también en la Universidad Nacional.

Pero si miramos con más cuidado la situación nacional, nos damos cuenta de que *La Violencia*, no es toda la violencia que padece el país. A causa de la *violencia* ocurre aproximadamente uno de cada cinco de los homicidios del país y la verdadera epidemia de homicidios que ha presentado Colombia a partir de la década de los ochenta no está asociada con ninguna escalada guerrillera, es el fruto del incremento demencial de los homicidios en las ciudades, que tuvo su máximo pico en 1991, y que estuvo íntimamente ligada a la acción de grupos de criminalidad organizada, especialmente a los del narcotráfico.

La mayor violencia que se presenta en Colombia, no se produce por la llamada *Violencia*, es fruto de procesos sociales y culturales que han venido permeando a la sociedad, a toda la sociedad, desde hace varias décadas y han favorecido en muchos grupos el florecimiento de una cultura de la violencia. Así, los narcotraficantes que han asolado a Medellín y a Cali no han sido importados, son el producto de sus propias culturas, nacieron y se criaron en las familias antioqueñas y vallunas, y se pudieron hacer poderosos en sus ciudades porque en mayor o menor grado encontraron eco y complicidad con sus acciones por parte de importantes grupos sociales de los diferentes estratos económicos y sociales y no solamente de algunos habitantes de los barrios populares.

Pero aún más, en otros países, como El Salvador y Guatemala, que han llevado a cabo procesos de paz como en el que se halla empeñado el país con las FARC y, ojalá también, en breve con otros grupos guerrilleros, una vez terminados, han visto elevarse de manera dramática los homicidios y otras formas de violencia, como asaltos y secuestros. Nos debemos preparar para que el feliz

término del proceso del paz no nos acarree, de manera paradójica, más violencia.

Todo lo anterior nos dice que la universidad colombiana debe hacer un aporte al país que sea efectivo para colaborarle en la superación no solo de la *violencia*, sino de todas las violencias. La universidad debe asumir el problema de la violencia en toda su complejidad y magnitud y hacer de este tema uno de los prioritarios de su estudio y aporte a soluciones inteligentes, basadas en la evidencia científica, y en un claro e irrenunciable compromiso social.

Magnitud e importancia de la violencia en Colombia

El fenómeno de la violencia en general en Colombia es particularmente complejo y grave. Tenemos en nuestro medio la violencia social o cotidiana, la de la criminalidad organizada, la de grupos alzados en armas y la del narcotráfico. Creo que es casi imposible encontrar otro país con un cuadro más complejo en relación con formas de violencia coexistentes, que en mayor o menor grado se alimentan entre sí y son sinérgicas.

La violencia es el primer problema de salud pública de Colombia, la primera causa de muerte, y en departamentos como Antioquia, ha sido también así desde hace unos quince años.¹ La violencia es una de las causas más frecuentes de hospitalizaciones, atención en urgencias e incapacidad. En su conjunto, genera alrededor del 25% de la carga de la enfermedad,² es decir, a de los años de vida que se pierden por causa de muertes prematuras y de incapacidades, cuando en América Latina es del orden de 1 a 2% y en el mundo el promedio está alrededor de 2,5%.³ En Medellín este porcentaje asciende a 56,6%.⁴

Además de las lesiones físicas, la violencia genera, tanto en testigos como en víctimas, múltiples consecuencias psicológicas, como estrés postraumático, ansiedad crónica, depresión, sentimientos de vulnerabilidad, desconfianza y temor, pérdida de autoestima, dependencia del alcohol y hasta suicidio.^{5,6} En los niños puede llevar a retrasos en el crecimiento y desarrollo, problemas de aprendizaje, malas relaciones interpersonales y, mucho más grave aún, a comportamiento agresivo y antisocial. Desde la cuna, la violencia genera violencia, en un círculo vicioso en el cual la consecuencia, es decir, el hecho violento, se convierte en causa de más violencia.⁷ Es la denominada causalidad circular o transmisión generacional de la violencia.

La violencia también tiene un serio impacto en la economía. Los costos brutos de la criminalidad se calculan en casi un 5% del producto interno bruto (PIB),⁸ y se ha llegado a calcular que se invierte otro 15% del PIB en medidas de seguridad y que son enormes las pérdidas por robo o daños en la propiedad.⁹ De estas cifras, las dos terceras partes corresponden a la violencia urbana y la tercera parte al conflicto armado.⁸ Se han excluido de la producción nacional importantes zonas del país o, para que puedan seguir en la faena productiva, son víctimas de extorsión; el aparato de seguridad privado en Colombia tiene más hombres a su servicio que todos los efectivos de la Policía Nacional, y éstos son solamente algunos ejemplos del impacto económico de la violencia.

El Departamento Nacional de Planeación ha concluido que en el total de costos netos de la violencia en Colombia, la pérdida de vidas tiene la mayor participación con el 43%, seguida del exceso de gasto militar con el 30%, gasto en seguridad con el 23%, terrorismo con 3% y salud con 1%, e indica que la cri-

minalidad será cada vez más costosa para la economía y que reducirla será cada vez más difícil. Además de ser costosa económicamente, la violencia es un “impuesto” bastante regresivo, ya que el mayor costo —que son vidas y capital humano— los pagan los sectores más pobres.⁶

Los ejemplos de poder y riqueza obtenidos de manera violenta han contribuido a erosionar el valor de la educación y el trabajo honesto como medios de movilidad social. Los ingresos de un joven vinculado a las organizaciones criminales son entre cien y mil veces superior a los de un joven afortunado que puede contar hoy en día con un empleo común y corriente. El tejido social se deshace, las comunidades se vuelven lobos para las comunidades vecinas, hasta el punto de impedir incluso el libre e inocente paso por sus espacios públicos.

Un modelo ecológico de causalidad de la violencia

No es posible señalar una sola causa de la violencia. Al hacer una revisión de la evidencia científica disponible se puede concluir que ningún factor es suficiente ni necesario en la red de la causalidad. Más bien, la violencia es el resultado de las interacciones y efectos acumulativos de muchos factores individuales, del entorno inmediato familiar y social y de la sociedad en general, y algunos que podrían llamarse detonantes o situacionales.¹⁰

Algunas *características de la persona* están ligadas a que unos sean más propensos a la violencia y la criminalidad que otros. Las diferencias de temperamento se observan desde la más temprana infancia.¹¹ Algunos niños son más inquietos e irritables, más desinhibidos, hiperactivos o tienen comportamientos oposicionales.^{12,13,14}

Es posible que algunas de estas diferencias en el temperamento sean el resultado de factores genéticos o problemas perinatales como la exposición prenatal al alcohol,¹⁵ trauma perinatal¹⁶ y algunas complicaciones obstétricas.¹⁷ Posiblemente estos factores determinan la presencia de algunos déficit neuropsicológicos, en especial en el ámbito de la inteligencia verbal y el control de los impulsos.¹⁸

Se ha documentado que el comportamiento agresivo aparece desde muy temprano en los niños y llega a su pico a los dos años de edad, cuando alrededor del 80% de los niños han sido alguna vez físicamente agresivos con otros.¹⁹ Por fortuna, la gran mayoría de los niños “desaprenden” la agresión en la edad preescolar, sin embargo, un porcentaje pequeño (alrededor del 5-8%) persisten con conductas agresivas a lo largo de la vida. Estos niños y luego jóvenes persistentes tienen, a su vez, mayores probabilidades de sufrir muchos problemas, como pobre desempeño académico, deserción escolar, consumo temprano y excesivo de alcohol y droga, precocidad y promiscuidad sexual, infracción de normas de tránsito, inestabilidad laboral y afectiva, violencia doméstica, delincuencia y criminalidad adulta.²⁰ Aunque dentro de la población de delincuentes este grupo de agresores persistentes sea la minoría, contribuye con alrededor de la mitad de los delitos.²⁰

En cuanto al *entorno inmediato familiar y social*, la familia y la escuela pueden contribuir a generar una cultura de la convivencia o a generar violencia de muchas maneras. Dos funciones cardinales tienen ambas en este contexto: la transmisión de los valores ciudadanos, o sea su función socializadora, y la adecuada crianza y educación de cada niño según sus características personales.

Los cuidados durante la temprana infancia forman la base de la manera como el individuo se ve a sí mismo y ve al mundo y por consiguiente, la manera como interactúa con él.²¹ Este patrón de interacción es evidente ya desde el primer año y es relativamente estable a lo largo de la vida.²²

Una atención inconsistente, negligente o abusiva puede llevar a que el niño perciba su mundo como hostil e impredecible y está asociada a comportamientos violentos en la familia y en ambiente social, sobre todo en niños con las características mencionadas antes.^{23,24,25}

A su vez, una atención fría, distante, de rechazo o abusiva puede llevar a otro patrón de interacción denominado evasivo,²¹ el cual se asocia con baja tolerancia a la frustración,²⁶ despreocupación por los sentimientos o sufrimientos de otros,²⁷ sentimientos de que a nadie le importa nada, comportamiento oportunista, agresión²⁸ y mayor probabilidad de delincuencia.²⁹

A pesar de la relativa estabilidad de estos patrones de interacción, es posible que se modifiquen como resultado de alguna relación especialmente afectuosa y estable.²² Entre los pocos factores que diferencian a jóvenes no violentos de los agresivos o antisociales en medio de condiciones adversas para una educación para la convivencia está la presencia de una relación positiva con algún adulto guía.^{30,31,32} Es decir, que no estamos frente a una predeterminación de conductas violentas, sino ante una circunstancia que, si bien entraña un mayor riesgo, es posible de ser superada con adecuadas pautas de educación y crianza. Es otra muestra de la educación como liberadora de la persona.

La familia y la escuela son los primeros ámbitos en donde el niño aprende comportamientos adecuados o inadecuados. Las

familias de niños agresivos tienden a ser más violentas^{33,34} y en un estudio en Bogotá se encuentra, como en otros muchos, que hay asociación entre agresión y violencia y antecedentes familiares de agresión y violencia,³⁵ especialmente cuando se trata de maltrato infantil, aunque la mayoría de los niños maltratados no se convierten en agresores.³⁶ La tolerancia de comportamientos agresivos en el niño y la falta de estímulo cuando presenta comportamientos prosociales en la familia o en la escuela son patrones asociados a la generación de conductas agresivas. De hecho, los agresores tienden a valorar el uso de la violencia y a carecer de otras estrategias diferentes a las violentas para afrontar los problemas.²³

El conflicto frecuente en la familia se asocia con la aparición temprana y persistente de comportamientos antisociales, delincuencia juvenil y criminalidad adulta³⁷ y el ser testigo de violencia durante la niñez es uno de los pocos factores consistentemente asociados con la violencia conyugal.^{38,39}

En Colombia, según la última *Encuesta nacional de demografía y salud* de Profamilia, el 26% de las mujeres con hijos dijeron que éstos han presenciado episodios de violencia en el hogar.⁴⁰ En esa encuesta, casi la totalidad de las mujeres cree que esta violencia afecta a sus hijos y que les genera trastornos psicológicos, actitudes agresivas, problemas de aprendizaje y abandono del hogar.⁴⁰

En Colombia se han realizado varios análisis para identificar factores correlacionados con la violencia en el ámbito *macrosocial*. Los resultados muestran que la violencia no se correlaciona causalmente con la pobreza o con la carencia de servicios básicos.^{41,42} En la publicación ya mencionada del Departamento Nacional de Planeación se presenta un análisis llevado a cabo en mil municipios

colombianos, en el cual no se encontró asociación entre violencia y pobreza, pero sí se halló que la desigualdad o inequidad está fuertemente correlacionada con violencia y que su mayor importancia se presenta en lugares de rápido crecimiento económico o con potencial de riqueza (sean localidades ganaderas, petroleras, mineras o de cultivos ilícitos) y sin una clara presencia del Estado. Colombia no es propiamente el país con la más equitativa distribución del ingreso en Latinoamérica;^{43,44} el índice de Gini es alrededor de 50 y, además, en la última década se ha observado un aumento considerable de la concentración del ingreso, incrementándose así la desigualdad⁴⁵ y, finalmente, la generación de la violencia rural no ha sido ajena a estas diferencias sociales, a la falta de posibilidades de posesión de la tierra y a una reforma agraria tímida e incompleta.

Muchos estudios han encontrado una relación entre pobreza o desigualdad y violencia.¹⁰ Pero la asociación entre pobreza y violencia desaparece cuando se ajusta por otros factores como el desempleo, bajo nivel educativo, alta densidad y movilidad poblacional y familias incompletas con mujeres jefes de hogar, que a su vez están asociados también con un bajo ingreso y que sí se han encontrado asociados causalmente con la agresión. Se piensa que estos factores pueden generar violencia porque contribuyen a la desorganización y falta de cohesión social y se ha reportado que la cohesión, organización y participación comunitaria pueden proteger contra la violencia, aún en medio de la pobreza.^{8,10}

La falta de presencia de servicios básicos del Estado, como los de seguridad y justicia, se ha señalado como otro ingrediente de la red de causalidad de la violencia y la criminalidad.⁴² Sin embargo, no hay una aso-

ciación entre el número de policías per cápita, ni la gravedad del castigo y las tasas de delitos. Más que estas medidas, lo que parece ser más eficiente en este caso es una pronta y cumplida justicia y una confianza y adecuada colaboración entre autoridades y comunidades locales.⁴⁶ Incluso, algunos proponen que la violencia ha contribuido a generar mayor impunidad.⁴⁷

Las creencias y actitudes de la sociedad, que son expresión de los valores que profesa una comunidad, contribuyen a la generación de la agresión, en especial las que toleran o aceptan el uso de la violencia para la resolución de conflictos, en retaliación a la agresión o en defensa del honor o la familia.^{35,47} En recientes investigaciones en Santafé de Bogotá y en Itagüí (Antioquia) se ha encontrado una alarmante prevalencia de este tipo de creencias,^{35,48} en especial las relacionadas con la tolerancia de la corrupción, la pérdida del valor del trabajo honrado como fuente de riqueza y la aceptación de que está bien hacer justicia por la propia mano. Por ejemplo, en Itagüí se encontró que más de la mitad de los encuestados indicó que considera que para conseguir dinero no hay formas lícitas o ilícitas sino maneras fáciles o difíciles; cerca de la mitad expresó que le parece aceptable que se les dé dinero a los funcionarios públicos para "agilizar trámites"; el 40% de los hombres y una de cada cuatro mujeres aprueba que otra persona transporte droga al extranjero si necesita dinero y una de cada cinco mujeres y uno de cada tres hombres expresó que es aceptable que un empleado se lleve cosas de la empresa donde trabaja y uno de cada tres hombres y mujeres cree que está bien hacer justicia por la propia mano.

Pero no hemos de quedar con la impresión de que frente a condiciones de agresión o injuria la mayoría de las personas tiende a

reaccionar violentamente. Por el contrario, en estas mismas investigaciones se ha encontrado que frente a circunstancias claramente tipificadas de agresión, la mayoría manifestó que intentaría un arreglo por las buenas o pondría una denuncia ante autoridad; en segundo lugar, un grupo importante simplemente no haría nada, y una proporción menor respondería violentamente.

Recientemente se ha entregado el primer informe de un grupo de estudio auspiciado por Colciencias, dirigido por los expresidentes López Michelsen y Betancur Cuartas y coordinado por el doctor Hernando Gómez Buendía,⁴⁹ en el que se ha acometido la tarea de buscar la característica fundamental que nos caracteriza como nación y que nos distingue de las demás naciones vecinas. La conclusión es que el rasgo característico de los colombianos es el contraste entre una gran racionalidad individual y una deficiente, casi inexistente, racionalidad colectiva. Esta característica es un telón de fondo que puede favorecer la agresión, pues no hemos hecho propia la teoría del límite, es decir, que mis derechos dejan de serlo cuando invaden los de los demás, o, mejor expresado por don Benito Juárez: "El respeto del derecho ajeno es la paz".

Capítulo aparte merece el tema de los medios de comunicación, en dos de sus principales aspectos relacionados con la violencia. El primero es el poco profesionalismo para el tratamiento de la noticia violenta que, sin faltar a la objetividad y al derecho de información que tienen los ciudadanos, no vulnera los derechos humanos de las víctimas, los agresores y sus relacionados y, sobre todo, que no sea una apología de la violencia, sino una ocasión para la pedagogía de la convivencia. El segundo es la importancia que tiene la exposición de los niños a programas con escenas violentas en la

potenciación de rasgos de agresividad, que dejan consecuencias de largo tiempo o permanentes.^{50,51,52,53,54}

Dada la existencia de individuos con predisposición a la agresión y víctimas susceptibles, ciertos *factores situacionales o detonantes* pueden incrementar la probabilidad de violencia. Si bien estos factores no son propiamente factores causales de violencia, si actúan como factores o circunstancias coadyuvantes o detonantes en la trama de la producción de las violencias. El primero es el consumo de alcohol, que se ha asociado especialmente con riñas⁵⁵ y violencia conyugal.⁵⁶ El consumo de droga no parece ser un factor precipitante de violencia aunque su consumo es mucho más frecuente en la población de delincuentes.³⁴ Un tercer factor es la disponibilidad de armas de fuego, la cual incrementa la letalidad de cualquier interacción violenta. Según las estadísticas de Medicina Legal, el arma de fuego es la principal causa de la casi totalidad de los homicidios, mientras que el arma contundente es la principal causa de lesiones no fatales.⁵⁷

Pero además de agresores, deben existir individuos susceptibles a la victimización. Entre los factores que incrementan el riesgo de victimización en la calle están: ser victima-rio, el consumo de alcohol, el porte de armas y transitar por lugares muy solitarios o muy congestionados.³⁶

¿Es posible superar la violencia?

Este análisis a vuelo de pájaro de los factores causales de las violencias nos indica que los campos de acción para prevenir y controlar la violencia están tanto en las esferas política, cultural y económica como en intervenciones y programas sobre las personas

y los ambientes cercanos a ellas, como son la familia, los establecimientos educativos y las comunidades locales. La acción sobre cada uno de estos ámbitos es necesaria; ninguno de ellos puede dejarse de lado. No podemos quedarnos esperando las transformaciones estructurales sin acometer serios programas con las personas y sus ambientes cercanos, pues está probado que estos programas tienen éxito aún en condiciones culturales y socioeconómicas adversas. Tampoco es dable pretender el retraso de los cambios en el macroambiente, con el distractor de que estos cambios requieren acciones de largo plazo y sus efectos se ven a largo plazo y, que como el problema de la violencia es angustioso, debemos dar prioridad a las acciones que presenten resultados a corto plazo.

Así como la red de la causalidad de la violencia es compleja, se ha podido comprobar que las sociedades que han tenido éxito en su prevención y control han acometido acciones desde los diferentes niveles de manera conjunta y sinérgica. Obrar de otro modo es estar condenado al fracaso.

Quiero presentarles como experiencias de interés las que están llevando a cabo Medellín, Cali y, en menor proporción, Bogotá para prevenir y controlar la violencia y la criminalidad basadas en los considerandos presentados a lo largo de esta presentación, mediante programas apoyados por el Banco Interamericano de Desarrollo. Valga la pena indicar que en estas tres ciudades se ha visto una disminución de los homicidios desde 1991 en Medellín y a partir de 1992 y 1993 en Cali y Bogotá, asunto que no ha ocurrido en otras ciudades capitales del país, así como también cabe mencionar que estas ciudades han emprendido programas desde hace varios años para controlar la agresión.⁵⁸

El Programa de Convivencia Ciudadana de Medellín, tiene seis componentes y dieciséis proyectos que los desarrollan, así:⁵⁹

1. Promoción de la convivencia en niños y jóvenes

- Prevención temprana de comportamientos agresivos en niños y pautas para su crianza y educación.
- Red de jóvenes: prevención de la drogadicción, el alcoholismo, la sexualidad insegura y la agresión.
- Promoción de la convivencia entre jóvenes y poblaciones en conflicto.
- Desaprendizaje de la violencia en jóvenes.

2. Justicia cercana al ciudadano

- Impulso a los mecanismos de resolución de conflictos cotidianos por medios no violentos.
- Acercamiento a la comunidad de las instituciones del gobierno encargadas de la seguridad y la convivencia ciudadana: policía, inspecciones de policía y comisarías de familia.
- Disminución de la impunidad.

3. La comunicación social como promotora de la convivencia ciudadana

- Fortalecimiento de valores ciudadanos para la convivencia.
- Información y sensibilización de líderes de sociedad.
- Los medios de comunicación como promotores de la convivencia ciudadana.
- Formación de perceptores críticos.

4. Observatorio de la violencia

5. Modernización institucional de los Programas de Convivencia Ciudadana

- Apoyo para la mejor capacitación y compromiso de líderes comunitarios comprometidos con el desarrollo del Programa de Convivencia Ciudadana.
- Apoyo institucional para la modernización de la administración de los programas de convivencia ciudadana en el municipio de Medellín.

6. Apropiación y seguimiento ciudadanos del Programa de Convivencia Ciudadana

La responsabilidad de la universidad

La universidad colombiana tiene una grave responsabilidad frente al fenómeno de la violencia, máxime ahora cuando ella ha ingresado a sus claustros y ha cobrado víctimas entre sus mejores profesores y entre funcionarios y alumnos. Pero su acción no debe circunscribirse a la defensa enhiesta de la libertad de pensamiento, de opinión y de cátedra, que debe mantenerse vigorosa y permanente, ni a exigir de los grupos armados el respeto por estas libertades y porque la universidad sea un espacio de paz; debe trascenderlos y llevarla al compromiso con la tarea de hacer de Colombia una sociedad capaz de convivir en paz.

Propongo a las universidades colombianas cinco acciones para que las emprendamos concomitante y colaborativamente:

- *Formación de los alumnos en la cultura de la convivencia.* Cabe indicar que ella debe llevarse a cabo tanto en la esfera de la formación profesional como en el ámbito de la formación personal. En cuanto a la formación profesional, deberíamos revisar los currículos de cada una de las carreras para insertar a lo largo de ellos, en las di-

ferentes asignaturas, los conocimientos que deben tenerse para comprender la magnitud, las causas y las consecuencias de las violencias, así como los programas para su prevención y control, en lo que a cada profesional compete.

En cuanto a la formación personal, no olvidemos que nuestros alumnos serán en breve los nuevos padres y madres de familia y que replicarán en el seno de sus familias prácticas apropiadas o no de educación y crianza con sus hijos. Su formación en los claustros universitarios deberá trascender la formación profesional para encontrar en ellos las oportunidades para madurar como futuros padres y madres de familia y como ciudadanos, en los conocimientos, actitudes y prácticas que los hagan elementos activos en la promoción de la convivencia ciudadana en el seno de sus familias y en el de la esfera social en la cual vayan a desempeñarse.

- *Creación de un clima de convivencia consciente en los claustros universitarios.* Sugiero que en todas nuestras instituciones de educación superior haya un programa ampliamente participativo desde su concepción hasta su aplicación, seguimiento y evaluación periódica para la promoción de prácticas y hábitos de convivencia ciudadana. La manera como dirigimos las universidades, como se adelante el proceso de enseñanza-aprendizaje, como se estimule o sancione a los profesores, alumnos y empleados, etc, puede crear una microcultura o cultura institucional de convivencia o de agresión.

Sería de gran importancia el diseño de los elementos, procedimientos y materiales de apoyo apropiados para llevar a cabo esta tarea, así como el intercambio de experiencias entre universidades para enriquecer el proceso y comparar resultados.

- *Calidad de la educación superior y acceso a ella.* Es preocupante que en el país un joven de altas calidades académicas no pueda seleccionar la universidad y el programa académico donde quiere formarse, porque su nivel de ingreso económico le impide tomar con libertad esta decisión. Uno de los elementos que hace que la educación superior sea un medio de ascenso social es que la calidad de los programas sea de excelencia; de lo contrario, los jóvenes de menores recursos que egresen de programas de cuestionable calidad académica ven limitadas o truncadas sus oportunidades de empleo o desempeño profesional en mucho mayor grado que los que egresan de excelentes programas académicos.

Las instituciones de educación superior deben apoyar con seriedad, compromiso y entusiasmo la creación de un eficiente programa de crédito educativo que les permita a los aspirantes, y muy especialmente a los de bajos recursos económicos, ingresar a los programas académicos de su mayor apetencia, de acuerdo con sus condiciones y capacidades académicas, sin cortapisas derivadas del estrato económico y social al que pertenezcan. Tengo la firme convicción de que mientras no dispongamos en Colombia de un sistema de crédito que elimine estas barreras para el acceso libre a la educación superior, tenemos una democracia todavía recortada y la frustración muchos jóvenes egresados es, entre otras cosas, alimento para la agresión.

- *Investigación.* Uno de los mayores aportes que puede hacer la universidad colombiana para la superación de las violencias en el país es una seria y sistemática tarea de investigación sobre sus características, causas, evolución y sobre las estrategias

y programas probados científicamente como efectivos para su prevención y control. Sobre el conflicto armado hay un mayor acervo investigativo en Colombia, no tanto sobre la criminalidad organizada y sobre la violencia cotidiana.

Propongo un programa cooperativo entre las universidades colombianas, orientado a crear y adaptar conocimientos sobre estos puntos, con una orientación: aportar las bases científicas para la toma de decisiones acertadas para prevenir y controlar las violencias.

- *Apoyo crítico a iniciativas.* Las universidades colombianas deberían comprometerse con entusiasmo en apoyar de manera crítica iniciativas gubernamentales o de la ciudadanía organizada para superar las diferentes violencias. La universidad no puede estar ajena a la formulación, desarrollo y evaluación de las soluciones que emprendan las comunidades, las organizaciones civiles y el gobierno para superar las violencias. No puede ser simplemente un testigo de lo que ocurre en el país; nadie entendería que no se comprometiera, sin perder su capacidad de crítica, en la tarea de superación de nuestro más crítico problema.

La universidad colombiana debe gestar y poner en práctica una empresa científica y humanista que apoye de manera decisiva políticas y programas para lograr el que es hoy el mayor desafío para el progreso de Colombia: la falta de convivencia.

Agradecimientos

A Joanne Klevens, por su inteligente aporte a las investigaciones que hemos llevado a cabo en Santafé de Bogotá y en Itagüí, por su asistencia científica para el diseño de varios de los componentes del Programa de Con-

vivencia Ciudadana de Medellín y por su apoyo para la preparación de esta intervención.

Referencias

1. Servicio Seccional de Salud de Antioquia. Series cronológicas de salud. Medellín: SSA; 1994.
2. Escobar ML, Gallardo HM, Giraldo GP, Londoño JL, Rodríguez J. La carga de la enfermedad en Colombia. Santafé de Bogotá: Ministerio de Salud; 1994.
3. Banco Mundial. Informe sobre el desarrollo mundial, 1993: invertir en salud. Washington: Banco Mundial; 1993.
4. Londoño JL, Grisales H, Fernández SY, Cadená E. Años de vida saludables perdidos por la población de Medellín. Un análisis especial por homicidio y accidentes de vehículo motor. Rev Fac Nac Salud Pública 1999;17:63-92.
5. Rosenberg M, Mercy JA, Rodney W. Assaultive violence. En: Wallace RB. ed. Maxcy-Rosenau-Last public health and preventive medicine. Estados Unidos: Appleton & Lange; 1992.
6. Council on Scientific Affairs, American Medical Association. Violence against women. JAMA 1992;267:3184-3189.
7. Panel on Research on Child Abuse and Neglect. Understanding child abuse and neglect. Cap. 6. Washington: National Research Council; 1993.
8. Departamento Nacional de Planeación. La paz: el desafío para el desarrollo. Santafé de Bogotá: Tercer Mundo; 1998.
9. Rubio M. Los costos de la violencia en Colombia. Bogotá: CEDE, Universidad de Los Andes; 1997.
10. Klevens J. Lesiones de causa externa: factores de riesgo y medidas de prevención. Santafé de Bogotá: Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses; 1998.
11. Chess S, Thomas A. Dynamics of individual behavioral development. Cap. 8 En: Levine MD, Carey WB, Crocker AC. eds. Developmental-behavioral pediatrics. Philadelphia: W.B.Saunders; 1992.
12. Kagan J. Temperamental contributions to social behavior. Am Psychol 1989;44:668-674.
13. Farrington DP. Early predictors of adolescent aggression and adult violence. Violence and Victims 1989;4:79-100.
14. Farrington DP, Loeber R, Van Kammen WB. Long-term criminal outcomes of hyperactivity-impulsivity-attention deficit and conduct problems in childhood. p. 62-81. En: Robins L, Rutter M. eds. Straight and devious pathways from childhood to adulthood. Cambridge: Cambridge University; 1990.
15. Streissguth AP, Sampson PD, Barr HM. Neurobehavioral dose-response effects of prenatal alcohol exposure in humans from infancy to adulthood. Ann New York Acad Scie 1989;562:145-158.
16. Kandel E, Mednick SA. Perinatal complications predict violent offending. Criminology 1991;29:519-530.
17. Raine A, Brennan P, Mednick SA. Interaction between birth complications and early maternal rejection in predisposing individuals to adult violence: specificity to serious, early-onset violence. Am J Psychiatry 1997;154:1265-1271.
18. Loeber R, Farrington DP, Stouthamer-Loeber M, Moffitt TE, Caspi A. The development of male offending: key findings from the first decade of the Pittsburgh youth study. Stud Crime and Crime Prevention. 1998;7:141-171.
19. Tremblay RE, Japel C, Pérusse D, Boivan M, Zoccolillo M, Montplaisir J, McDuff, P. The search for age of "onset" of physical aggression: Rousseau and Bandura revisited. Criminal Behavior and Mental Health (in press).
20. Farrington DP. The twelfth Jack tizard lecture. The development of offending and antisocial behavior from childhood: key findings from the Cambridge study in delinquent development. J Child Psychol Psychiatry 1995;360:929-964
21. Ainsworth M. Patterns of infant-mother attachments: antecedents and effects on development. Bull New York Acad Medicine 1985;61:792-812.
22. Ainsworth MDS. Attachments beyond infancy. Am Psychol 1989;44:709-716.
23. Slaby RG, Guerra NG. Cognitive mediators of aggression in adolescent offenders. Dev Psychol 1988;24:580-588.

**La violencia cotidiana
en Colombia y el papel de la Universidad**

24. Holtzworth-Munroe A, Hutchinson G. Attributing negative intent to wife behavior: The attributes of maritally violent versus non-violent men. *J Abnorm Psychol* 1993;102:206-211.
25. Holtzworth-Munroe A. Social skills deficits in maritally violent men: Interpreting the data using a social information processing model. *Clin Psychol Review* 1992;12:605-617.
26. Matas L, Arend R, Sroufe L. Continuity in adaptation in the second year: The relationship between quality of attachment and later competence. *Child Dev* 1978;49:547-556.
27. Waters E, Wippman J, Sroufe LA. Attachment, positive affect, and competence in the peer group. *Child Dev* 1979;50:821-829.
28. Youngblade L, Belsky LA. Child maltreatment, infant-peer attachment security, and dysfunctional peer relationships in toddlerhood. *Top Early Childhood Educ* 1989;9:1-15.
29. Renken B, Egeland B, Marvinney D, Mangelsdorf S, Sroufe LA. Early childhood antecedents of aggressive and passive withdrawal in early elementary school. *J Personality Social Psychol* 1989;57:257-282.
30. Werner EE. High risk children in young adulthood: A longitudinal study from birth to 32 years. *Am J Orthopsychiatry* 1989;59:72-81.
31. Rutter M. Psychosocial resilience and protective mechanisms. *Am J Orthopsychiatry* 1987;57:316-331.
32. Cadoret RJ, Yates WR, Troughton E, Woodworth G, Stuart M. Genetic-environmental interactions in the genesis of aggressivity and conduct disorders. *Arch Gen Psychiatry* 1995;52:916-924.
33. Tolman RM, Bennett LW. A review of quantitative research on men who batter. *J Interpersonal Violence* 1990;5:87-118.
34. Klevens J, Restrepo O, Roca J, Martínez A. Epidemiología de la delincuencia en cinco ciudades. Informe técnico. Santafé de Bogotá: Colciencias; 1997.
35. Duque LF, Klevens K, Ramírez, C. Estudio sobre epidemiología de la violencia en Santafé de Bogotá, 1997. Informe técnico. Santafé de Bogotá: Colciencias; 1998.
36. Widom C. The cycle of violence. *Science* 1989;244:160-166.
37. Hawkins JD, Herrenkohl T, Farrington DP, Brewer D, Catalano RF, Harachi TW. A review of predictors of youth violence. En: Loeber R, Farrington DP. eds. *Serious and violent juvenile offenders*. Thousand Oaks, CA: Sage; 1998.
38. Tolman RM, Bennett LW. A review of quantitative research on men who batter. *J Interpersonal Violence* 1990;5:87-118.
39. Sugarma DB, Hotaling GT. Violent men in intimate relationships: An analysis of risk markers. *J Applied Social Psychol* 1989;19:1.034-1.048.
40. Ordóñez M. Colombia, violencia contra las mujeres y los niños: Factores predictores. Santafé de Bogotá: Profamilia; 1999.
41. Gaitán F, Díaz J. La violencia colombiana. En: Concha A, Carrión F, Cobo F. Eds. *Ciudad y violencia en América Latina*. Quito: Programa de Gestión Urbana; 1994. (Serie de Gestión Urbana No. 2).
42. Franco S. El quinto: no matar. Bogotá: Tercer Mundo; 1999.
43. Banco Mundial. Informe sobre el desarrollo mundial, 1997. Washington: Banco Mundial; 1997.
44. Banco Interamericano de Desarrollo. América Latina frente a la desigualdad. Washinton: BID; 1999.
45. Cárdenas M, Sánchez F, Bernal R, Núñez J. El desempeño de la macroeconomía y la desigualdad. En: Sánchez F. comp. *La distribución del ingreso en Colombia. Tendencias recientes y retos de la política pública*. Santafé de Bogotá: Tercer Mundo, Departamento Nacional de Planeación; 1998.
46. Cloninger DO. Enforcement risk and deterrence: A re-examination. *J Socio-Economics* 1994;23:273-285.
47. Rubio M. Inseguridad y conflicto en las ciudades colombianas. Santafé de Bogotá: CEDE, Universidad de los Andes; 1996.
48. Duque LF, Klevens. J. Prevalencia de violencia y factores asociados, Itagüí, 1999. Infor-

me técnico. Medellín: Servicio Seccional de Salud de Antioquia; 1999.

49. Gómez Buendía H. ed. ¿Para dónde va Colombia? Santafé de Bogotá: Tercer Mundo; 1999.

50. Schooler C, Flora JA. Pervasive media violence. *Annu Rev Public Health* 1998;17:275-298.

51. Comstock G, Paik H. The effects of television violence on aggressive behavior: a meta-analysis. Report to the panel on violence understanding and control. Washington: National Academy of Sciences; 1990.

52. Eron LD. Understanding aggression Presidential Address to the World Meeting of the International Society of Research on Aggression, Banff, Alberta, Canadá, 12 de Junio, 1990.

53. Freedman JL. Television violence and aggression: A rejoinder. *Psychol Bull* 1986;100:372-378.

54. Friederich-Cofer L, Huston AC. Television violence and aggression: The debate continues. *Psychol Bull* 1986;100:364-371.

55. Centro de Referencia Nacional sobre Violencia, Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses. Lesiones no fatales ocurridas por riñas y atracos en Santafé de Bogotá. *Boletín CRNV* 1995;4:0.

56. Tolman, R.M., Bennett, L.W. A review of quantitative research on men who batter. *J Interpersonal Violence* 1990;5:87-118.

57. Centro de Referencia Nacional sobre Violencia. Comportamiento de las lesiones de causa externa, Colombia 1997. Santafé de Bogotá: Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses; 1997.

58. Banco Interamericano de Desarrollo, Departamento de Desarrollo Sostenible. Seminario Promoviendo la Convivencia Ciudadana: un Marco de Referencia para la Acción, Cartagena de Indias; 14 de marzo de 1998.

59. Duque LF. El Programa de Convivencia Ciudadana de la Alcaldía de Medellín. Presentación ante el Concejo de Medellín. (mimeografo). Medellín: Concejo de Medellín; 1999.